

Manuel Vázquez  
**Montalbán**  
Los mares del Sur



*Los mares del sur* es la cuarta de las novelas de la serie protagonizada por el detective Pepe Carvalho. A través de la investigación del asesinato del millonario Carlos Stuart Pedrell, Manuel Vázquez Montalbán pasa revista a la Barcelona de finales de los años 70, su historia reciente y sus diferentes grupos sociales.

En su itinerario detectivesco, Carvalho descubre que el muerto es un cincuentón en crisis que había mitificado el viaje de Gauguin a la Polinesia, al cual pretendía emular en compañía de una nueva joven amante.

Ante la falta de escrúpulos de unos y la violencia de otros, Carvalho es audaz, y también humano, crítico y comprensivo, mostrando finalmente su propia crisis existencial que le lleva a relativizar casi todo.

El autor repasa las clases adineradas y las clases trabajadoras, sus diferentes lenguajes y hábitos así como sus diferentes ambientes/guetos urbanos. La novela muestra, en el momento de la transición democrática, tanto la miseria moral de unos y otros como el lujo burgués y la penuria material de los trabajadores.

*più nessuno mi porterà nel sud*  
(y nadie me llevará al sur)

SALVATORE QUASIMODO

—VÁMONOS.

—Yo no me canso de mover el esqueleto.

—Vamos a moverlo de otra manera.

Loli amontonó sus mofletes para sonreír y sopló hacia arriba removiendo el flequillo a lo Olivia Newton-John.

—Estás caliente.

—Hoy toca, chachi.

El *Bocanegra* se puso en pie sobre sus piernas arqueadas. La bóveda galáctica del local formaba un arco de fluorescencias sobre su cabeza. Se subió los pantalones y anduvo con las piernas locas en dirección a la barra. Los camareeros servían milagrosamente a tientas. Bultos amontonados sobre la barra se definían de pronto como parejas desesperadas, salientes de un nudo de brazos y lenguas. El *Bocanegra* pegó un puñetazo suave sobre un bulto.

—*Ternero*, arriba. Tu hermana y yo nos vamos.

Joputa. Me has cortao.

La *Pecas* ya había escondido la lengua despellejada y trataba de utilizarla para quejarse de la intromisión de *Bocanegra*.

—Está bien. Si no queréis ir en coche, peor para vosotros.

—¿En coche? *Bocanegra* no me enrolles otra vez. Quiero pasar la noche tranquilo.

—Le había echado la vista a un zequis azul, demasié.

—¡Un zequis! Es otra cosa. No he subido nunca.

—¡Un zequis! —exclamó la *Pecas* con los ojos puestos en lejanos horizontes.

—Además, me parece que tiene teléfono. Más que un coche parece una suite, macho. Podemos follar los cuatro dentro del coche, y las ruedas aguantan.

—Eso me gusta —rió el *Ternero*—. Llamaré a la vieja: Tía, estoy follando en un zequis.

—Salid con la Loli y esperadme en la esquina de la fábrica de cartón.

Cruzó *Bocanegra* la pista de baile bajo los impactos de las ráfagas lumínicas. Diríase que sus piernas recibían electricidades desde la peana blanca, electricidades que acababan rizándose en sus cabellos negros, acaracolados.

—Siempre estás ahí, tío. Pareces un buzón —le dijo al portero al pasar.

—Me sustituyes, y yo me meto dentro a vacilar. ¡Vago!

—No me cuentes tu vida.

El *Bocanegra* se sintió abrigado por la oscuridad a medida que se alejaba del parpadeo rotular de la sala de fiestas. Metió la mano en el bolsillo derecho del pantalón y palpó la ganzúa, apoyada sobre el bulto de un cojón. Se acarició el cojón desde el interior del bolsillo. Luego sacó la mano y empuñó el paquete como para centrárselo o comprobar su arraigo. Con naturalidad llegó al lado del zequis, metió la ganzúa y se abrió la puerta dando un saltito, enjundiosa, como si fuera el portón de una caja fuerte. Olía el coche a coño de tía rica, pensó el *Bocanegra*. ¡Hostia!, puros. El copón, una petaca de whisky. Abrió el capó. Como si acariciara cabellos hizo el puente con los alambres. Cerró el capó. Se sentó en el coche con la sabiduría y elegancia supuestas en el propietario. Se amorró a la botella de whisky. Encendió un puro. Arrancó suavemente y giró con brusquedad el volante para que se oyera el viraje del coche ganando la bocacalle cercana. Por un túnel de ladrillos viejos y coches aparcados llegó a la esquina donde le esperaban Loli, el *Ternero* y la *Pecas*. Se hundió Loli en el asiento contiguo al tiempo que se cerraban las tres puertas con un ruido prefabricado.

—Otra vez me avisas. Coger un coche así es un lío. No nos va.

—No te irá a ti. Yo parezco un señor.

—¡Di que sí, *Bocanegra*!... —rio la *Pecas* desde atrás.

—Luego soy yo la que tiene que dar pasos cuando lo meten en la Modelo.

—Si das pasos, es porque te gusta darlos.

—La hostia. ¡Qué coche! ¿Adónde vamos?

—Vamos a follar a Vallvidrera.

—Yo prefiero follar en la cama.

—Lo mejor es hacerlo oliendo a pino —dijo *Bocanegra* y con una mano liberada del volante, se coló en el escote de la Loli para amasar una teta dura y grande.

—No te metas por el centro de San Andrés, que está lleno de guripas.

—Tranquilos. Esos tíos huelen los nervios. Tenéis que estar como si hubierais nacido en el coche.

—¿Qué fumas tú?, *Bocanegra*. Te vas a mear en la cama. No tienes edad para esos puros.

*Bocanegra* cogió una mano de la Loli y se la puso sobre el bulto del pene.

—¿Y para este puro tengo edad?

—¡Marrano!

La Loli sonreía, pero retiró la mano como si hubiera tocado un cable eléctrico. *Ternero* se inclinó hacia delante y concentró su atención en el recorrido de *Bocanegra*.

—Que no te vayas hacia el centro, leche. Que está lleno de patrullas.

—No te acojones, macho.

—No es cuestión de cojones.

—*Terne* tiene razón —apuntó la *Pecas*. Pero *Bocanegra* buscaba la Rambla de San Andrés y desembocaba en la plaza del Ayuntamiento.

—Tu madre...

El grito impotente del *Ternero* hizo sonreír a *Bocanegra*.

No pasa nada, macho. Controlado. Todo controlado.

—¡Míralos!

La Loli había visto el coche patrulla aparcado en la esquina del Ayuntamiento.

—Tranquilos...

Arqueó las cejas el *Bocanegra* adoptando despreocupación, y pasó junto al coche patrulla. Una gorra ladeada se movió y apareció de perfil un rostro amarillo por la luz de la farola, mecida por la tensión de una pancarta de propaganda electoral. «Entra con nosotros en el Ayuntamiento.» En el rostro amarillo se subrayaron los trazos de las cejas arqueadas. Parecieron achicarse los ojos oscuros.

—¡Te ha echado una mirada!

—Siempre miran igual. Te perdonan la vida. Les pones una gorra y se piensan que todo el mundo es suyo.

—¡Nos siguen! —gritó la *Pecas* con la cabeza vuelta hacia el cristal trasero.

El ojo izquierdo del *Bocanegra* se clavó en el espejo retrovisor lateral. Allí estaban los faros amarillos y la luz rodante del coche patrulla.

—¡Te lo advertí, maricón, que eres un maricón y un far-dón!

—Cállate, *Ternero*, o te parto la boca. A ver si me cogen. —Chilló Loli y se agarró al brazo de *Bocanegra*. Salió despedida por el codazo y se echó a llorar acurrucada al lado de la ventanilla.

—Eso es. ¡Ahora corre el joputa este! ¡Para, coño, para y corremos! ¿Quieres que disparen?

Las llamadas luminosas del coche patrulla se convirtieron en sonoras. Lanzaba ráfagas de luz y sonidos para que se detuviera el CX.

—¡He de ganar terreno!

Aceleraba el *Bocanegra* y el mundo se acercaba peligrosamente al morro del coche, como si creciera y fuera a su encuentro. Viró en una esquina y se quedó sin espacio entre la hilera de coches aparcados a su derecha y un cochecillo con el culo asomado en la bocacalle. Chocó el CX y

la Loli se dio con la cara contra el salpicadero. Retrocedió *Bocanegra* y dio con el culo del coche contra algo que respondió con una estruendosa queja de metal. Casi no la oyó el *Bocanegra*, que tenía los oídos copados por la cercanía de la sirena, y cuando enfiló correctamente la calle, los brazos le bailaban y el coche empezó a bandear dándose contra los aparcados a derecha e izquierda, hasta quedar el volante bloqueado entre los blandos brazos del *Bocanegra*. Se abrieron las puertas de detrás y saltaron el *Ternero* y la *Pecas*.

—¡Alto! ¡Alto, u os quedáis fritos!

*Bocanegra* oyó los pasos acercándose. Loli lloraba histéricamente, con la nariz y la boca llenas de sangre, y sin abandonar el asiento. *Bocanegra* salió con los brazos en alto y cuando se puso en pie ya tenía encima el empujón del «gris».

—Te acordarás de esta juerga. ¡Las manos sobre el coche!

Le buscaban los rincones del cuerpo y *Bocanegra* tuvo tiempo de salir del aturdimiento para darse cuenta de que reproducían la operación con el *Ternero* unos metros más allá y que la *Pecas* abría el bolso ante otro guripa.

—Hay una chica herida —dijo *Bocanegra* y señaló a Loli, que había salido del coche y seguía llorando lágrimas y sangre con el culo entregado al coche patrulla. Distrajo un momento la vista el policía en busca de la Loli, y *Bocanegra* le dio un empujón. Se le abrió un pasillo en la noche y se lanzó hacia él corriendo con los tacones llegándole al culo, los brazos enérgicos como émbolos. Pitos. Pitos. Insultos rotos por la distancia. Dobló varias esquinas sin perder de oído el ruido de las carreras que le seguían. Respiraba un aire húmedo y rugoso que entraba a borbotones y le quemaba los pulmones. Las callejas se sucedían sin portales propicios. Altos muros de ladrillos muertos o rebozados con un cemento arenoso anochecido. De pronto salió a la calle principal de San Andrés y todas las luces de este mun-

do le denunciaron manteniendo el equilibrio sobre una pierna mientras la otra frenaba. A unos metros le miraba sorprendido el centinela que montaba guardia junto a la garita del cuartel. *Bocanegra* se lanzó a la calzada y atravesó el paseo iluminado, en busca de los descampados que vislumbraba en dirección a la Trinidad. Necesitaba detenerse porque se ahogaba, tenía flato y casi le mareaba la quemazón que le producía el aire en los pulmones. Una vieja puerta de relamida madera, hervida por el sol y la lluvia, cerraba un solar. *Bocanegra* aprovechó las erosiones de la madera para adherirse y colgarse del borde superior e iniciar la subida a pulso. Los brazos quedaron excesivamente tensos por el peso del cuerpo, y *Bocanegra* cayó en cuclillas. Retrocedió unos pasos, se dio un impulsó y se lanzó contra la puerta entablándose una lucha entre la madera bamboleante y el cuerpo que trataba de encaramarse. Notó el filo de la puerta en la ingle y dio un definitivo impulso que le convirtió en un cuerpo que caía por una pendiente de arcilla y se iba dando golpes contra piedras invisibles. Se arrodilló y se vio a sí mismo en el fondo de los cimientos de una casa en construcción. La puerta por la que había saltado coronaba la pendiente y le miraba como a un intruso. Sus ojos palparon la erosionada oscuridad y descubrieron la vejez de la obra abandonada. Le dolían ya todos los golpes que se había dado ciegamente, tenía todas las juntas de los músculos como destensadas, el sudor frío le empapaba de depresión. Buscó un rincón donde esconderse por si se les ocurría entrar en el solar. Fue entonces cuando le vio con la cabeza recostada sobre cascotes de ladrillo, los ojos abiertos mirándole y las manos como caracoles de mármol enfrentados al cielo.

—¡Me cago en Dios! —gritó el *Bocanegra* sollozando. Se acercó al hombre y se detuvo a un paso de la muerte evidente. El hombre ya no le miraba a él. Parecía obsesionar sus ojos en la vieja puerta lejana, como si hubiera sido su última esperanza antes de morir. Desde detrás de la

puerta empezaron a llegar los pitos, los frenazos, las voces de persecución y alerta. El muerto y el *Bocanegra* parecían compartir la esperanza de la puerta. De pronto alguien empezó a empujarla y al *Bocanegra* se le escaparon las lágrimas y un hiiiiii histérico que le nacía en el estómago. Buscó un montón de ruina para sentarse y esperar lo inaplazable. Contemplaba al muerto y le reprochaba.

—Cabrón. Me has jodido. Joputa. Sólo me faltabas tú esta noche.

—LOS DETECTIVES PRIVADOS somos los termómetros de la moral establecida, Biscuter. Yo te digo que esta sociedad está podrida. No cree en nada.

—Sí, jefe.

Biscuter no le daba la razón a Carvalho sólo porque adivinara que estaba borracho, sino porque siempre estaba dispuesto a admitir catástrofes.

—Tres meses sin comernos un rosco. Ni un marido que busque a su mujer. Ni un padre que busque a su hija. Ni un cabrón que quiera la evidencia del adulterio de su mujer. ¿Es que ya no se fugan las mujeres de casa? ¿Ni las muchachas? Sí, Biscuter. Más que nunca. Pero hoy a sus maridos y a sus padres les importa un huevo que se fuguen. Se han perdido los valores fundamentales. ¿No queríais la democracia?

—A mí me daba igual, jefe.

Pero Carvalho no hablaba con Biscuter. Interrogaba a las paredes verdes de su despacho o a alguien supuestamente sentado más allá de su mesa de oficina años cuarenta, barnices suaves oscurecidos durante treinta años, como si hubieran estado siempre a remojo de aquella penumbra de despacho ramblero. Apuró otro vaso de orujo helado y se contorsionó por el escalofrío que le recorrió la espalda. No bien hubo dejado el vaso sobre la mesa, Biscuter volvió a llenárselo.

—Basta, Biscuter. Me voy a respirar un poco.

Salió al descansillo, donde le asaltaron ruidos y olores del caserón. El taconeo y las castañuelas de la escuela de

baile, el pic-pic meticuloso del viejo escultor, el olor a efluvios de basuras sedimentadas a lo largo de treinta años, mezclado con los barnices deslucidos y el polvo-engrudo refugiado en las molduras de los marcos, de los tragaluces cenitales que se cernían sobre el hueco de la escalera con sus ojos rómbicos y opacos. Saltó escalón a escalón ayudado o empujado por la energía del alcohol, y agradeció el asalto del aire de las Ramblas. La primavera había enloquecido. Se había puesto fría y nublada en aquel atardecer de marzo. Unos cuantos pasos y respiratorias profundas auxiliaron el embotado cerebro y el intoxicado hígado de Carvalho.

Tenía un millón doscientas mil pesetas en la Caja de Ahorros, que le rendía un cinco por ciento a plazo fijo. A ese paso no conseguiría llegar a los cincuenta o cincuenta y cinco años con el suficiente capital para retirarse y vivir del rédito. La crisis. La crisis de valores, se dijo Carvalho, todavía con cabezonería de alcohólico. Había leído en los periódicos que los abogados laboristas también estaban en crisis porque los obreros recurrían a los asesores legales de las centrales sindicales. Unos y otros víctimas de la democracia. También los médicos y los notarios eran víctimas de la democracia. Tenían que pagar impuestos y empezaban a pensar que el mejor estatuto político es el del profesional que vive bajo el fascismo pero practica cierto grado de resistencia liberal.

—Los detectives privados somos tan útiles como los traperos. Rescatamos de la basura lo que aún no es basura. O lo que bien visto podría dejar de ser considerado basura.

Nadie escuchaba el discurso. Las gotas de lluvia le hicieron correr hacia la calle Fernando en busca de los escaparares, a cubierto, de Beristain. Allí coincidió con tres putas trotonas que se intercambiaban consejos sobre el aprovechamiento de las sopas preparadas. Salió de la tienda un niño muy pequeñito con un palo de hockey muy grande. A su lado, el padre le preguntaba una y otra vez: *Quieres de-*

*cir que te irá bien? Sí, hombre, sí,* contestaba el niño, exasperado por la desconfianza paterna. Carvalho dejó el resguardo y aceleró el paso acera arriba en busca de una charcutería donde solía comprar los quesos y los embutidos. Volvió a detenerse, sacudido por el reclamo de los perritos amontonados sobre las virutas de paja, más allá de la cristalería que los separaba de la calle. Jugueteeó con un dedo con el hociquillo impertinente de un cachorro de pastor alemán al que le mordían las patas traseras dos cachorrillos de bretón. Abrió la mano sobre el cristal como para transmitir calor o comunicación al animalito. Desde el otro lado del telón transparente, el perro lamió el cristal intentando llegar a la mano de Carvalho. Se despegó Pepe bruscamente y salvó la escasa distancia que le separaba de la charcutería.

—Lo de siempre.

—Han llegado los tarros con lomo y butifarras en adobo.

—Póngame dos.

Completó el dependiente el lote con meticulosidad rutinaria.

—Este jamón de Salamanca ya no es lo que era.

—A todo le llaman jamón de Salamanca. A todo lo que no es jamón de Jabugo o de Trevélez, pues de Salamanca. Hay que fastidiarse. Y así no sabes cuándo comes jamón de Salamanca o jamón de Totana.

—Se nota.

—Usted lo nota porque entiende. Pero yo he visto vender jamones de Granollers como si fueran de Jabugo. Ya ve usted.

Salió Carvalho con el paquete de queso del Casar, Cebrales, Idiazábal, chorizos de Jabugo, jamón de Salamanca para todo comer y una pequeña muestra de Jabugo para las depresiones.

Estaba más animado cuando llegó a la altura de la peñería en el momento en que el dueño se hallaba cerrando.

—¿Y el perro?

—¿Qué perro?

—El que estaba en el escaparate.

—Estaba lleno de perros.

—El lobito.

—Era una perra. Los tengo a todos dentro. De noche los meto dentro, en jaulas, no vayan a romperme el escaparate, no para llevárselos, sino para hacer alguna salvajada. Hay muy mal instinto.

—Quiero comprar la perra.

—¿Ahora?

—Ahora.

—Son ocho mil pesetas —dijo el dueño sin volver a abrir la puerta.

—Por ese precio no puede venderme un buen pastor.

—No tiene pedigrí. Pero es un perro muy sano. Ya verá si se lo queda. Muy valiente. Conozco al padre, y la madre es de un cuñado mío.

—Me importa un pepino el pedigrí.

—Usted sabrá.

El perro trotaba sobre el brazo doblado de Carvalho. De la otra mano colgaba una bolsa llena de queso, embutidos, latas de comida para perros, huesos de goma, insecticida, desinfectante, cepillo, todo lo que pueden necesitar un hombre y un perro para ser felices. Biscuter se quedó perplejo ante la prestancia de la perrita, sólidamente instalada sobre sus patas traseras, con medio metro de lengua fuera y dos orejas gigantescas que parecían las alas plegables de un avión en picado.

—Parece un conejo, jefe ¿Me la quedo yo aquí?

—Me la llevaré a Vallvidrera. Te lo dejaría todo lleno de mierda.

—Por cierto, le han llamado. He apuntado el nombre en la libreta.

Jaime Viladecans Riutorts, abogado. Mientras marcaba el número de teléfono gritó a Biscuter que le calentara algo

para cenar. Oyó el trajín en la pequeña cocinilla que Biscuter había improvisado camino del lavabo. Biscuter canturreaba contento por el encargo, y la perrita trataba de morder el hilo del teléfono. Dos secretarias significaron la distancia y la importancia del comunicante. Finalmente, se puso al teléfono una voz de lord inglés con acento de pijo de la Diagonal.

—Es un asunto muy delicado. Tendríamos que hablarlo personalmente.

Apuntó la cita, colgó y se dejó caer en el sillón rotatorio con cierta satisfacción en el cuerpo. Biscuter extendía delante de él una servilleta y sobre ella quedó un humeante plato de madriguera con chanfaina. La perra trató de compartir la comida. Carvalho la depositó delicadamente en el suelo y le puso un pedacito de madriguera sobre un papel blanco.

—Tienen razón. A veces los hijos llegan con un pan bajo el brazo.